

LA ESPERANZA DESPUÉS DE LA TRAGEDIA

(Publicado en La Prensa el 6 de noviembre y en El Deber el 12 de noviembre de 2003)

Rubens Barbery Knaut

La única ventaja de estar en el suelo es que solo queda mirar hacia arriba. Esa es la lectura optimista de los sucesos que casi llevaron al país a su desintegración. Luego de la tragedia viene la calma y la esperanza, con rostros nuevos, ilusiones nuevas y con voluntades intactas que asumen el desafío de una nueva forma de hacer política. Esa política que todos demandan, pero que en el momento de la verdad pocos cumplen. Parecería ser que por la vía del desastre y el completo descrédito de los partidos políticos el momento de volver a nacer ha llegado. Lo lamentable es que el nacimiento tuvo que llegar a través de un parto doloroso, que la urgencia transformó en cesárea, con mucha sangre y sin anestesia.

Se espera que el instinto básico de sobrevivencia permita que los partidos políticos representados en el Parlamento comprendan que la única forma de seguir existiendo como país – y por ende como partidos – sea dejando los intereses feudales. Lo contrario sería el suicidio y el asesinato a una democracia que ya ha demostrado no estar plenamente consolidada.

La nueva forma de hacer política implica el reconocimiento de algo que en teoría ya existe en la constitución: el pluralismo e interculturalidad. Ha llegado el momento de reconocer que la única forma de construir un país es incluyendo a todos en todos los aspectos del quehacer nacional. Eso se logra reconociendo en el ejercicio práctico de la ciudadanía, que existen diferentes culturas, necesidades, y expectativas que responden a realidades distintas. La habilidad de aquel que detenta el poder está en poder canalizar esa diversidad como un potencial que unifique.

Dados los brotes de regionalismos, racismo e intolerancia que se vienen produciendo en el país la respuesta puede encontrarse en el aprovechamiento de la cultura. Para ello se debe comprender que las actividades culturales son algo más que una simple fiesta y que son la “puesta en valor” de algo que consideramos vale la pena mostrar. Es la identidad de lo propio que se pone a disposición para que sea admirado y se convierta en la forma de identificarnos, a través del reconocimiento de lo ajeno. Es el proceso psicológico de mirarse al espejo para reconocerse, para identificar lo que se tiene, valorarlo y mostrarlo a los demás. Es en ese momento que lo “nuestro” se convierte en universal y es el momento donde el pluralismo es práctica y no discurso.

En una ciudad como la de Santa Cruz, donde conviven etnias de todo el país, las posibilidades se multiplican proporcionalmente. Es hora de mostrar que la variedad existente no es un factor de debilitamiento de una identidad colectiva, sino la extraordinaria suerte de contar con diferentes formas de pensar y hacer lo que deseamos todos: vivir dignamente y en paz.